

BICENTENARIO DE CIUDAD BOLIVAR

Con cierta imprevisión, y consecuente festinación en los preparativos —signo frecuente ahora en nuestras conmemoraciones nacionales—, se celebró a fines del pasado mayo el II Centenario del traslado, en 1764, de la sufrida ciudad de Santo Tomás de Guayana “al sitio de la Angostura”, treinta y cuatro leguas más arriba sobre la misma margen del río Orinoco.

Imprecisa, y discutida entre los historiadores, la fecha de esta nueva fundación, que ocurre entre los días 19-20 de febrero y 23-24 de mayo del citado 1764, se adoptaron las dos últimas fechas en este año 1964 para la celebración de los actos oficiales conmemorativos.

Santo Tomás de Guayana, luego Angostura, y desde 1846 Ciudad Bolívar, ha sido siempre, desde su primitiva fundación a fines del siglo XVI, no sólo la capital política, sino la ciudad representativa de ese vasto y riquísimo territorio conocido con el nombre de Guayana.

De la importancia de la riqueza natural de dicha región —bosques, tierras, ríos, etc.— se percataron desde un principio los únicos auténticos descubridores y civilizadores que allí hubo, que fueron los misioneros. Los demás sólo buscaron El Dorado, y, al no hallarlo, abandonaban la empresa y al igual lo hicieron los piratas en sus incursiones orinoqueñas.

Fueron misioneros Capuchinos, Franciscanos y Jesuitas quienes con sus intrépidas andanzas, selva adentro, trazaron la primera configuración geográfica de media Venezuela al sur del Orinoco. Hasta donde ellos penetraron, penetró la civilización y se salvó el derecho territorial de lo que es hoy nuestra Patria. Precisamente en 1664 —se cumplen ahora tres siglos— llegaba a Santo Tomás, para morir allí, el misionero jesuita P. Fran-

cisco de Ellauri, quien venía a continuar la obra apostólica que dos años antes comenzaran otros dos hermanos suyos, los PP. Monteverde y Mesland.

Casi en absoluto olvido ha quedado en estos festejos bicentenarios de Ciudad Bolívar toda la ingente e importante labor de la Iglesia en Guayana, tanto en los siglos de la fundación de docenas de pueblos por los misioneros como desde 1790 al crearse la Sede Episcopal, cuyos destinos rigieron figuras tan relevantes como Monseñor Ibarra (pariente del Libertador y luego primer Arzobispo de Caracas), Mons. Mohedano (el introductor del café en el valle de Caracas), Mons. Talavera (eximio prócer, escritor ilustre, llamado por Bolívar “el primer orador de Colombia”), Mons. Fortique, de grandes dotes e ilustración, y otros. Y de Ciudad Bolívar vino en 1853 aquel dignísimo sacerdote que sería lumbre y decoro del Episcopado nacional como Arzobispo de Caracas: Mons. Guevara y Lira. Es un hecho evidente que el haber sido Ciudad Bolívar durante ciento treinta y tres años la única sede episcopal de más de la mitad del territorio nacional le da categoría de madre espiritual, civilizadora y cristianizadora de aquellos pueblos donde con tanto ardor prendió el ideal de Patria e independencia, hasta convertirse en colaboradores heroicos de la lucha que definitivamente alcanzaría el triunfo de esos mismos ideales. Todo esto es historia real, timbre de orgullo que nadie, sin grave injusticia, debe olvidar o desconocer. Y ninguna mejor oportunidad para recordar estas cosas que ésta del bicentenario.

Bien estuvo cuanto se hizo para esta conmemoración. Con mayor tiempo y previsión ha podido ha-

cerse mucho más. Venezuela toda mira hoy a Guayana. Y debe tomarse en cuenta tan justificada expectativa. De sentir es que se advirtiera en no pocos actos un marcado ambiente político. Parecía que el bicentenario era ara muchos un pretexto u ocasión para sus logros, más que una celebración nacional y patriótica.

Ojalá que a Ciudad Bolívar y a Guayana le haya quedado algo o mucho de positivo, para beneficio de la comunidad, como recuerdo de tantas fiestas y de la visita de los más altos poderes nacionales.

Como cierre de estas notas creemos oportuno indicar una obra de cultura que todavía ningún gobierno ha tomado en cuenta, no obstante el desdoro que tal descuido arroja sobre nuestro patriotismo. Se trata del riquísimo archivo, sobre todo de documentos de los años cruciales de nuestra independencia, cuyos legajos en mal estado de conservación y simplemente apilados permanecen desconocidos y sin estudiar, a pesar de contener tanta información necesaria para nuestra historia. No debería terminarse este año del bicentenario sin que el Gobierno Nacional dictara una disposición en orden a la clasificación, copia y publicación de uno de los más ricos fondos archivos de nuestro país. Tanto como todas las riquezas naturales de la tierra guayanesa deben interesarnos las riquezas espirituales de su pensamiento, su historia y su tradición encerradas en esa mina que son los viejos papeles de su archivo. Allí está el alma de la Patria, su espíritu. Y pueblo que no se interesa por conocer y vivir el espíritu de su Patria no es digno ni merecedor de gozar de sus riquezas naturales.

P. P. B.